

In memoriam: Ana María Ortega Costa

ISABEL ORTEGA JACKSON

El 17 de septiembre de 2012, se paró un gran corazón: murió Ana María, la última superviviente de los trece hermanos Ortega Costa, hijos de la única hija de Joaquín Costa. Nacida el 17 de junio de 1916, hacía la número nueve, la segunda de las hijas, y tenía catorce años cuando murió su padre, dejando a la viuda en situación económica precaria, con un montón de hijos aún por sacar adelante.

Las circunstancias mandaban: poco a poco, mientras sus hermanos y hermanas emprendían su gesta particular, Ana fue tomando la responsabilidad del funcionamiento cotidiano del hogar familiar. Ya entonces había crecido en ella el sentimiento religioso que tanto la había unido a su padre, y que desembocaría en una verdadera vocación. Aunque se sintió obligada a renunciar a darle curso, hizo de la necesidad virtud y se entregó a su tarea de apoyo de la familia con verdadero amor.

Durante los difíciles años de la guerra y de la posguerra, larga y oscura, se convirtió en especialista de la cocina sin ingredientes —su “paella” con mejillones y pimientos rojos pasó a ser un mito entre los que tuvimos el privilegio de degustarla— y en experta en la gestión del tiempo; alternaba sus obligaciones con breves escapadas a la iglesia, su gran fuente de serenidad.

Pero, por encima de todas sus maestrías, Ana ha sido el consuelo de todos los que tuvieron la suerte de estar cerca de ella. En los momentos de tristeza, confusión o desamparo, derrochaba bálsamo y silencio, donde las palabras hubieran podido herir.

En especial con los niños. Sobrinos, sobrinos-nietos, hijos y nietos de personas que recababan en el piso de Vía Augusta, todos tuvimos la fortuna de ser sustraídos de las reuniones de adultos para penetrar en el mundo mágico y amable de Ana, en sus dependencias: la cocina y el cuarto de la ropa. Allí desplegaba sus habilidades de cuenta cuentos, inventaba y adaptaba historias e incorporaba nuevas versiones de viejos clásicos, curaba con discreción alguna herida del alma o entretenía, dibujando, jugando a los palillos chinos o enseñando a coser y tejer. En días con mucha suerte, atendía a nuestra petición y hacía todo un despliegue para hacer docenas de rosquillas que los chavales hurtábamos para comer recién salidas de la sartén, cuando aún quemaban. Ella hacía como que no nos veía. No las hemos probado más ricas.

Quería ser severa y no sabía cómo. A veces, pocas, regañaba pero siempre acababa perdiéndole su generosidad. Cada vez que salía a la calle, estrujaba un poco más el ya reducido presupuesto y compraba un juguete baratito o una caja de lápices, con la que iluminar nuestros

ojos de chavales. Las meriendas tenían su broma. Cuando preguntabas qué había, la respuesta era “solo pan”. Y en efecto, te entregaba una barrita de Viena. Pero, cuando empezabas a morder, allí estaban las cuatro onzas de chocolate, ocultas, embudidas por la parte de abajo del panecillo. Todo aquello tiñó para siempre de luz y colores la infancia de cada uno de nosotros.

Siempre al servicio de los demás, atendió a varios hermanos durante su vejez cuando faltó su madre. Y hubiera seguido haciéndolo si se hubieran dado las circunstancias. Pero un buen día se encontró libre de estas obligaciones tan restrictivas y pudo dar alas a sus sueños, dedicarse con libertad, y no a hurtadillas, a su labor parroquial y religiosa, disfrutar de la lectura de textos teológicos, cuidar sus plantas, geranios y margaritas —sus favoritas— y desarrollar su faceta artística a través de la pintura para la que, como bastantes de sus hermanos, tenía cualidades aunque su humildad jamás le habría permitido admitirlo. Durante un tiempo abordó también la fotografía, con la que participó, e incluso ganó, en varios certámenes. También con su hermana Milagros emprendió algún que otro viaje, que culminó con una ansiada visita a Tierra Santa.

Compartió con sus hermanos la profunda admiración por su abuelo Joaquín Costa, por su ansia de conocimiento y por su persistencia en la búsqueda de ideales morales y políticos. Cuando todos faltaron, se convirtió en la depositaria del legado de los escritos de Joaquín Costa en poder de la familia. Algunos de ellos, inéditos, comienzan ahora a conocerse.

Su discreción siempre presente solo dejó de manifestarse con las partidas de palabras, que mantenía con sus cuñadas, sobrinos y amigas de la parroquia. En esto salía a relucir un espíritu competitivo desconocido, que le hacía estar de muy mal humor cuando no triunfaba. Ella misma lo admitía entre risas y, de tanto en tanto, a modo de castigo, se dejaba ganar.

Su fe la sostuvo durante toda su vida. A veces hacía proselitismo con sus seres queridos, pero admitía las discrepancias y siempre anteponía la comprensión al dogma. Durante los últimos años de su larga vida encontró paz en manos de las personas que la cuidaron. Fue, por encima de cualquier otra cosa, una persona buena.

Gracias Ana.